

CAPITULO LXI.

Resumen general de la época gótica.

GRANDIOSO bajo todos conceptos es el suceso que en el siglo V se verifica.

Roma, la orgullosa Roma, la que un tiempo fue señora del mundo, se ve obligada á entregar su soberanía en manos de unas hordas venidas del Norte, que al relinchar de sus caballos hacen caer en mil pedazos rota, la diadema que ceñía su frente, y de la que tan orgullosa se mostraba.

La catástrofe que el emperador español Teodosio tan justamente apellidado *el Grande*, logró á fuerza de génio y prodigios de valor, detener durante su reinado, muerto este é incapaces sus hijos Arcadio y Honorio de sustituirle, presentóse de nuevo con formidables proporciones.

Tiempo hacía que tras el Danubio hallábase multitud de tribus arrojadas por el Asia, esperando una ocasión oportuna para traspasar la líquida barrera, y desparramarse por el imperio romano. Diversas veces lo habían ya intentado, pero aun no del todo corrompida la sociedad romana, logró rechazarlos é inutilizar sus esfuerzos.

En tiempo de Teodosio la podredumbre había ya corroído su corazón; y solo merced á este grande hombre que supo, á falta de la propia, comunicarla una vida ficticia, pudo una vez mas triunfar de la barbarie.

Pero muere este, é incapaces sus hijos Arcadio y Honorio de continuar su obra dan á entender con sus desaciertos, á aquellas hordas, que la ocasión de realizar su sueño no podía ser mas propicia.

Los godos acudidos por Alarico dan la señal, y tras ellos los hérulos, vándalos, alanos, gépidos, borgoñones y tantos otros, hacen pedazos la ciudad romana, y se reparten los despojos.

Pasando por alto los sucesos que en Italia, las Galias y el Oriente tuvieron lugar, y concretándonos solo á los de la Península, veníamos al momento en que Ataulfo, sucesor de Alarico, abandonando la Península italiana atraviesa las Galias y penetra en España para dar principio á la monarquía visigoda.

Al tener lugar este hecho habiábase ya establecido en ella otras tribus; los vándalos en la Bética, los alanos en la Lusitania, y en la extremidad N.O., de la Península, que hoy es Galicia, los suevos. Fortuna y no poca fue para la civilización que los recién llegados logran sobreponerse á todas tres, pues en contacto con los romanos desde tiempo atrás, por causa de su posición especial en el Danubio, llevaban ya en sí algo de la cultura de estos.

Por diferentes medios y sucesos llegan los visigodos á verse libres de unos y otros, y bajo Eurico rompen abiertamente con los emperadores, de cuya autoridad se habían cubierto para llevar á cabo la conquista de la Península.

Obsérvese con este motivo un fenómeno análogo, aunque mas explicable, al que tiene lugar posteriormente con la invasión de los árabes. Los españoles, que tanto habían hecho por su independencia cuando cartagineses y romanos intentaron sojuzgarlos, no opusieron resistencia alguna al yugo de los bárbaros.

Y no era que su valor hubiera degenerado, sino que la tiranía y rapacidad de los últimos emperadores y de los funcionarios enviados por ellos, había llegado á tal punto, que el cambio de dueño solo podía mejorar su condición, no empeorarla, y mirando bajo este aspecto las cosas, acogieron á los nuevos invasores mas que como enemigos, como libertadores, y solo los indomables vascos y algunos otros habitantes de las montañas del Norte saludan la elección de cada monarca godo con una sublevación de mas ó menos importancia, pero siempre, á pesar de todo, reprimida.

Una vez ya constituida la monarquía visigoda, dos momentos culminantes tenemos que estudiar en ella; el de la fusión religiosa con el pueblo vencido, y el de la fusión civil, verificadas respectivamente en tiempo de Recaredo I y de Recesvinto.

Ya al invadir la España llevaban en sí los visigodos la idea cristiana, pero extraviada y pervertida por la herejía de Arrio; y esta circunstancia, al parecer de poca importancia, tuvo para unos y otros fatales consecuencias.

Ella es la causa de que Clodoveo, rey de los francos, apellidado hereje á Alarico, se apoderara de la Galia meridional: ella también hace que Childeberto, rey de París, mueva sus tropas al recibir la noticia de que Amalrico ha maltratado brutalmente á su esposa Clotilde, hermana de aquel, por negarse á abandonar el dogma católico y abrazar el arrianismo; y á ella se debe, que en estas y otras guerras parte del clero, y aun del pueblo, apoyaran al extranjero y que la fusión entre los godos y los hispano-romanos se verificara tan lentamente.

En tiempo de Leovigildo el partido católico, capitaneado por su mismo hijo, intenta sobreponerse á la herejía, mas la Religión de paz no podía establecerse por medio de la guerra; el monarca triunfa y solo la muerte que Hermenegildo sufre con admirable resignación por no abjurar del Cristianismo, hace un santo del que antes solo era un hijo rebelde.

Pero el mismo monarca llega á convencerse de su error y al morir encarga á Recaredo, su otro hijo, que abraza el Catolicismo. Sube este al trono; reúne el concilio tercero de Toledo y en él declara pública y solemnemente que profesa la religión católica é in-

vita á los prelados arrianos y nobles que á él asistían, á seguir su ejemplo: hácenlo así todos bien por convicción ó por política y la unidad religiosa se realiza al cabo de cerca de dos siglos de separación.

Veamos como tuvo lugar la unidad civil.

En un principio vencedores y vencidos se conservaron aislados por completo: sus costumbres, sus leyes eran diferentes; en una palabra, tenían cada uno su vida peculiar y propia; hasta estaba prohibido el matrimonio entre dos individuos de distinta raza. Eurico hace una compilación de las costumbres godas reduciéndolas á leyes, pero solo para los suyos; Alarico, su sucesor, por el contrario, recopila en su *Breviario* las leyes romanas, pero solo para los hispano-romanos.

A partir de este rey, los que le suceden, siguiendo una senda muy distinta, trabajan en favor de la unidad civil. Leovigildo, saltando por todas las leyes, toma por esposa una española y el *Fuero Juzgo*, fruto del trabajo de todos los monarcas anteriores á Recesvinto, y que este tiene la gloria de recopilar, y en el cual se rompen las trabas que aun impedían la total fusión de las dos razas, hace que esta, realizada bajo el aspecto religioso de casi un siglo atrás, se verifique también en lo político y civil.

Ahora bien: verificada ya bajo todos conceptos, ¿como se explica el decaimiento é impotencia de la nación que llegó al extremo de que bastasen unos cuantos meses á los árabes para apoderarse de ella y obligarla á recibir su ley? ¿juzgarémos causa suficiente los desastrosos reinados de los últimos monarcas godos?

Sin negar que esto pudiera contribuir á debilitar la nación, preciso es reconocer que el mal venia de mucho mas lejos. Tenían los visigodos una institución que implantaron en España, y que fue causa de muchos de sus males: la *monarquía electiva*.

Esta forma de gobierno que tantas ventajas reúne en la teoría, tiene en la práctica los mas graves inconvenientes. No hay mas que recorrer la historia y ver la multitud de regicidios, de rebeliones y de tumultos que á ella se deben, para convencerse de esta verdad.

Merced á ella, raro fue el monarca visigodo que falleció de muerte natural, y los bandos y los desórdenes dividieron y ensangrentaron la Península, pudiendo decirse con verdad, que en la elección de rey, gastó España mas fuerzas que en las guerras con los extranjeros.

Además la forma electiva obligaba á los monarcas á humillarse ante el poder de una colectividad que dominando en los concilios, era el árbitro que decidía la legalidad ó ilegalidad de una elección, y legitimaba ó no un acto, segun viera mas ó menos inclinado á su favor al que lo llevaba á cabo.

No queremos con esto decir que abusara de su poder, pero es preciso reconocer que las humillaciones á que Sisenando, Ervigio y otros se vieron obligados á sujetarse para obtener la realización de sus deseos, fueron producidas por la circunstancia de ser electiva la corona, y contribuyeron en gran manera á desacerditar la institución monárquica, y que esta preeminencia de un elemento determinado fue una de las principales causas del decaimiento de la energía y del espíritu militar de los godos.

«La conversión de Recaredo, dice Lafuente, hizo un inmenso bien á la Religión pero decidió sin intentarlo la lucha entre la mitra y la corona. Llevando á los concilios los negocios temporales, vino á ponerse el cetro bajo la tutela del cayado. No previó aquel monarca que ni todos sus sucesores habían de tener una autoridad tan legítima é incontestable como la suya, ni todos los prelados habían de ser tan circunspectos como los del tercer concilio de Toledo.»

Existía en nuestra patria una raza proscrita y desheredada que se mantenía pacífica é inofensiva, y á pesar de esto los reyes y los magnates la persiguieron de una manera verdaderamente cruel; hablamos de la raza judaica. Raro era el concilio en que no se tomaba alguna determinación para vejalarla y oprimirla llegando el rigor hasta el extremo de disponer el sexto concilio Toledano, á petición de Sisebuto, que ninguno pudiera subir al trono sin prestar antes el juramento de no tolerar el judaísmo y maldecir al que contraviniera á él, condenándole á las penas eternas.

Semejante conducta exacerbo á los que eran víctimas de ella, haciendo que estimularan á los árabes á invadir la Península y les ayudaran eficazmente cuando lo realizaron, lo que no contribuyó poco á facilitarles la conquista.

Hallándose, pues, al finalizar la época gótica, la nación dividida y desmoralizada, extinguido el espíritu militar de los primitivos godos, y teniendo dentro del mismo territorio unos enemigos como los judios, que por lo mismo que habían sufrido largo tiempo se hallaban mas llenos de odio hácia sus opresores, no es de extrañar la postración en que cogió á los godo-hispanos ni que en las aguas del Guadalete terminaran á la par que la vida de Rodrigo, la monarquía visigoda.

¿Fue infructuosa para nuestro país y para la civilización la época de la dominación de los godos? No, seguramente.

De la misma manera que la romana nos legó una sabia legislación y una institución cuya influencia se ha extendido hasta nuestros dias, que es el municipio, también debemos á la dominación gótica la implantación de un sentimiento de gran trascendencia, *el de la libertad individual*.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO PRIMERO.

- CAPITULO I. Del origen y fundación de España.—Su situación geográfica, sus principales montes, rios y producciones, etc.
- CAP. II. De los primeros pobladores de España.—Sus costumbres, sus trajes, su religión, etc.
- CAP. III. Emigración de los españoles por causa de la sequía.—Venida de los rodios.—Incendio de los Pirineos.—Venida de los focios ó focenses y los fenicios.
- CAP. IV. Los cartagineses atacan sucesivamente á la isla de Sicilia, á Cerdeña, á Córcega y finalmente á las Baleares, de donde son rechazados por los naturales.—Una observación acerca la pretendida dominación egipcia.—Primeros buques cartagineses que arribaron á las costas hispanas.—Expediciones de los cartagineses.—Lucha entre los fenicios y los turdetanos.—Invasión cartaginesa.
- CAP. V. Expedición de los españoles á Sicilia como auxiliares de los cartagineses.—Insurrección de los balearicos.—Sublevación de los mercenarios y los africanos.—Dominación cartaginesa.—Resistencia y derrota de los naturales.
- CAP. VI. Batalla de Helice.—Derrota de los cartagineses y muerte de Amílcar.—Nombramiento de Asdrúbal.—Su venganza.—Fundación de Cartagena.—Política de Asdrúbal.—Asesinato de Asdrúbal.—Elección de Anibal.—Retrato de Anibal.—Sus primeras operaciones militares.
- CAP. VII. Nuevos triunfos de Anibal.—Sus intrigas.—Sitio de Sagunto.—Conducta de Roma y el Senado cartaginés.—Héroe de Sagunto.—Defensa de los saguntinos.—Nacimiento del hijo de Anibal.—Sublevación de los carpetanos y oretanos.—Noble conducta de Halcon.
- CAP. VIII. Alorco.—Resolución extrema y desesperada de Sagunto.—Destrucción y fin de Sagunto.—Consideraciones generales.
- CAP. IX. Expedición de Anibal á Italia.—Venida de Cneo Escipion á España.—Sus primeros triunfos.—Combate naval entre cartagineses y romanos.—Pueblo Escipion en España.
- CAP. X. Venganza de los Escipiones.—Asdrúbal Gisgon y Masinisa.—Derrrota y muerte de los Escipiones.—Emanco de Tarragona.—Torre de los Escipiones.—Lucio Marcio y Claudio Nerón.—Escipion el Mozo.
- CAP. XI. Conquista de Cartagena.—Derrota de Asdrúbal.—Nuevo rasgo generoso de Escipion.—Nuevos triunfos de los romanos.—Siphay y Escipion.—Venganza de los romanos.—Heroísmo de Astapa.—Enfermedad de Escipion.—Sublevaciones.
- CAP. XII. Partida de los cartagineses.—Dominación romana.—Nuevas insurrecciones.—Reformas introducidas por Roma en el gobierno de la Iberia.—Caton el Censor.—Nuevas é infructuosas tentativas de los españoles para recobrar su independencia.—Batalla de Ébora.
- CAP. XIII. Conducta de varios pretores romanos.—Reformas gubernativas.—Fundación de dos colonias romanas.—Terrible confederación de los naturales contra sus dominadores.—Victoria de los numantinos.—Luchas en la Lusitania.—Claudio Marcelo.—Temores de Roma.—Emilio Escipion.—Atrocidades de Luculo en la Tarraconense y de Galba en la Ulterior.
- CAP. XIV. Nuevos actos de Luculo.—Levantamiento de Viriato.—Marco Vítelio.—Primeras hazañas y triunfos de Viriato.—Ceclio Metelo.—Rasgo generoso de Metelo.—Nuevas luchas entre Viriato y los romanos.—Serviliano.—Sitio de Erisana.—Astucia, victoria y remordimiento de Viriato.—Servilio Escipion.—Soborno.
- CAP. XV. Muerte de Viriato.—Origen de la guerra de Numancia.—Q. Pompeyo Rufo.—Infructuosas tentativas de Pompeyo para vencer los numantinos.—Tratado de paz.—Pomplilio.—Ruptura del tratado por los romanos.—Decio Bruto.—C. Hostilio Mancino.—Apuros de los romanos.—Nuevas paces.—Castigo de Mancino.—Nuevos generales romanos.
- CAP. XVI. Escipion delante de Numancia.—Heroísmo de Retógenes.—Aluro.—Último día de Numancia.—Paz general.—Q. Cecilio Metelo.—Nuevas guerras en la Lusitania.—Tito Didio en la Celtiberia.—Quinto Sertorio.—Retrato y conducta política.
- CAP. XVII. Derrota de los partidarios de Sertorio.—Aventuras de Sertorio.—Es llamado por los lusitanos.—Sitio de Lacóbriga.—División territorial de España por Sertorio.—Impulso dado á las ciencias y las artes.—M. Perpenna.—Muerte de Sila.—Pompeyo el Grande.—Sitio de Lurona.—Nuevas luchas.—Rendición de Contrevia.—Fama y rasgos de Sertorio.
- CAP. XVIII. Conspiración contra Sertorio y sus consecuencias.—Asesinato de Sertorio.—Castigo de Perpenna.—Cayo Julio César.—Vuelta de César á España en calidad de pretor.—Primeras

- hazañas de César en la Ulterior.—Venganza de los romanos cerca de Galicia.—Sábía legislación de César.—Consulado de César.
- CAP. XIX. Luchas entre pompeyos y cesarianos.—Victoria de César en la Citerior.—Varron en la Bética.—Su conducta.—Triunfo moral sobre Varron.—Noble y reparadora conducta de César en la Bética.—Partida de César á Italia.—Casio Longino en la Ulterior.—Insurrección contra Longino.
- CAP. XX. Lépido.—Marcelo.—Cneo y Sexto Pompeyo.—Cuarta venida de César á España.—Barbaridades de los cesarianos en Atteguia y Ucnubi.—Famosa batalla de Munda.—Asesinato de Cneo Pompeyo.—Ocultamiento de Sexto en la Celtiberia.—Sitio y rendición de Munda.
- CAP. XXI. Toma de Córdoba por César.—Crueldades de César.—Sus nuevos triunfos y honores.—Partida de César.—Lépido y Polion.—Muerte de César.—Levantamiento de Sexto y derrota de Polion.—Conducta del Senado hácia Sexto y fin de aquella guerra.—Segundo triunvirato romano.—Octavio vengador de César.—Repartición territorial entre los triunviro.—Segunda repartición.—Crueldad y política de Octavio.—Era española ó de Augusto.—Reformas gubernativas en España.—Primeras guerras cantábricas.—Augusto en España.—Carisio.
- CAP. XXII. Nuevas insurrecciones cantábricas.—M. Agripa.—Sujeción definitiva de los cantabros.—Progreso de los españoles en las ciencias, las artes, la agricultura, etc.—Nacimiento de Jesucristo.—Consideraciones generales sobre este importantísimo suceso.
- CAP. XXIII. Horrible cuadro ofrecido por las costumbres gentilizcas en tiempo de Augusto y sus sucesores.—Paz octaviana.—Prosperidad del comercio, etc. en España.—Muerte de Augusto.—Tiberio.—Despotismo de Tiberio.—Vibio Sereno y Luciano Pison.—Insurrección ibérica.—Asesinato de Pison.—Suplicio de un español.—Crueldad de Tiberio con los españoles.
- CAP. XXIV. Muerte de Jesucristo.—Calligula.—Sus crueldades y locuras.—Asesinato de Calligula.—Claudio.—Conducta de Claudio con los iberos.—Ingenios españoles.—Aurora del Cristianismo en España.—Domicio Nerón.—Sus proverbiales crueldades.—Su persecución contra los cristianos.—J. Vindex.—Proclamación de Galba por los españoles.—Oton.—Celebidades hispanas.—Suicidio de Oton.—Vitelio.—F. Vespasiano.—Monumentos hispanos.
- CAP. XXV. Tito.—Destrucción de Jerusalem.—Muerte de Vespasiano.—Tito emperador.—Organización política de España.—Domiciano.—Causa ganada por los españoles.—Nerva.—Trajano.—Sus triunfos.—Monumentos construidos en España.—Persecución contra los cristianos.—Muerte de Trajano.—Nuevo pleito ganado por los españoles.—Adriano.—Su venida á España.—Su división de las provincias ibéricas, etc.—Exterminio de los judios.
- CAP. XXVI. Pio Antonino.—Marco Aurelio.—Invasión marítima en España.—Cómmodo.—Crueldades de Cómmodo.—Su envenenamiento.—Pertinax.—Subasta del imperio.—Séptimo Severo.—Sus persecuciones.—Caracala y Geta.—Macrino.—Helioábalo.—Sus torpezas.—Alejandro Severo.—Su conducta.—Maximino.—Martirio de san Magin.—Gordiano.—Máximo y Balbino.
- CAP. XXVII. César Gordiano.—M. J. Filipo.—Decio.—Las persecuciones.—Galo.—Emiliano y Valeriano.—Cautiverio de Valeriano.—Galieno.—Martirio de san Lorenzo.—Desquiciamiento del imperio romano.—Claudio.—Domicio Aureliano.—Su entrada triunfal en Roma.—Claudio Tácito.—Floriano.—Probo.—Su carácter.—Sus victorias.—Caro, Carino y Numeriano.—Dioleciano.—Sus persecuciones.
- CAP. XXVIII. Maximiano.—Constancio Cloro y Galerio.—Constantino.—Sobrenatural vision de Constantino.—Su milagrosa victoria y entronizamiento del Cristianismo.—Herejía de Arrio.—Concilios de Nicea y de Iliberis.—Reformas de Constantino.—Su carácter.—Constantino II, Constancio y Constante.
- CAP. XXIX. Consigue Constancio quedarse por único dueño del imperio.—Juliano el Apóstata.—El politeísmo.—Guerras civiles en el imperio.—Valentiniano y Valente.
- CAP. XXX. Primeras invasiones de los bárbaros.—Valente, Valentiniano II y Graciano.—Teodosio el Grande.
- CAP. XXXI. Teodosio el Grande.—Destrucción del gentilismo.—Juicio sobre el reinado de Teodosio.—San Ambrosio condena la crueldad del emperador Teodosio con los habitantes de Antioquia y Tesalónica.
- CAP. XXXII. Arcadio y Honorio.—Su incapacidad para reinar.—Nuevas irrupciones de bárbaros en el imperio.—Emperadores intrusos en España.—Alarico en Roma.